

# Una rueda de mazapán para dos



Por CAMILO JOSE CELA

**C**UANDO llegue a Madrid, será la Navidad. Es posible que pueda llegar el mismo día de Nochebuena. La pobre Concha estará ya repuesta, ya podrá levantarse, incluso estará guapa y arreglada como nunca. Yo le llevaré una gran rueda de mazapán. Bueno, una gran rueda de mazapán, no; para dos no hace falta una gran rueda de mazapán. Le llevaré una rueda de tamaño mediano, pero de buena clase, una rueda con frutas escarchadas haciendo adornos y todo el borde rizado de almíbar. Por cuarenta pesetas yo creo que encontraré una rueda que esté bastante bien. Y cuarenta pesetas, aun contando con el billete de ida y vuelta, y aunque allí tenga que hacer algún pequeño gasto, si tengo. Y más también. La pobre Concha se pondrá muy contenta al verme. Estas separaciones son crueles; pero el tiempo pasa, las cosas tienden a arreglarse, y quizás dentro de dos años pueda casarme y traerla conmigo a la provincia. Su salud no es buena, pero yo pienso que poco a poco se irá reponiendo; lleva ya una temporada bastante bien. Yo creo que cuando llegue a Madrid podrá recibirme de pie. ¡Qué gran ilusión! Pensar que fuese a esperarme a la estación sería pedir demasiado. La pobre Concha no está para muchos trotes. La crujida que pasó fué muy fuerte, y ya nos conformamos con que la pobre haya podido salir adelante. Pero ella es una mujer joven, animosa, de buen humor, y yo creo que esas condiciones son muy buenas para recuperar la salud. Si estuviese todo el día diciendo: "¡ay, qué horror, esto no es vida!", probablemente no se curaría nunca, se iría quedando lánguidamente delicada, como esas señoritas que se pasan la vida tocando valses y polonesas en el piano, y se le pondría el mirar profundo y febril, las manos transparentes y marfilinas, el pecho hundido y suspirador. Pero no; ella es de otra manera, de otra forma distinta de ser; lo que ha pasado no ha sido más que un bache en su vida; ella es dinámica, activa, organizadora, es una mujer admirable, absolutamente admirable, una mujer que jamás diría aunque se estuviera muriendo: "¡qué horror, qué horror; esto no es vida!".

**E**L señorito Antonio era el héroe doméstico de doña Clotilde, la dueña del fonduecho donde vivía. —Es un santo— decía doña Clotilde a todo el mundo—, lo que se dice un verdadero santo que no hace más que ir de casa a la Diputación y de la Diputación a casa y pasarse todas las horas del día contando las alabanzas de su novia, de la pobre Concha, como él dice, que para mí es una de estas señoritas de Madrid con más vueltas que un caracol, aunque él está convencido de que si no es Juana de Arco es porque no le dió la gana. Pero lo que yo digo es que el señorito Antonio está como alelado y con el seso sorbido, y un día se va a encontrar con un lio en su oficina, porque el jefe le va a decir de repente: "Oiga usted, Antonio, tráigame usted la Gaceta del 3 de mayo de 1919", y el hombre no se va a acordar de dónde había guardado la Gaceta del 3 de mayo de 1919. El jefe puede ser que le grite; pero si eso empieza haciéndolo todos los días, acabarán por echarlo, y entonces de nada le servirá que vaya a ver al jefe y le diga: "Hombre, no me eche usted a la calle, que soy ex cautivo", porque el jefe le dirá: "Si ya lo sé, pero no me sirve usted para nada y, además, hay por ahí la mar de ex cautivos e incluso ex combatientes que harían esto mucho mejor que usted." Y sería una pena, porque el señorito Antonio es muy buen chico; que el hombre esté un poco a pájaros no significa nada, que también hay muchos sabios que están a pájaros y de paso inventan medicinas para curar la tos ferina y hasta el asma.

**D**ON Leonardo era el jefe de la Sección de Cédulas Personales de la Diputación Provincial. Don Leonardo era un señor pequeño, bondadoso, atildado, que nunca se hubiera atrevido a decirle al señorito Antonio: "Mire usted, Antonio; hay que aplicarse más; lo veo a usted más holgazán esta temporada." No, jamás. Don Leonardo, si hubiera tenido que reñir al señorito Antonio, le hubiera dicho:

"Venga usted, Antonio; ya sabe usted que yo lo quiero como a un hijo; yo tendría que decirle... vamos, que rogarle... ¿cómo diríamos?... Usted ya me entiende... Usted para mí es como un hijo, como un verdadero hijo; yo no tengo que decirle nada, usted es un chico inteligente que sabe de sobra lo que quisiera decirle... ¡A buen entendedor...!" Pero don Leonardo no tuvo que decirle nada; don Leonardo estaba muy contento del comportamiento del señorito Antonio.

Un ujier se metió en el archivo donde trabajaba el señorito Antonio. —Oiga, que el jefe dice que vaya. —¿Yo? —Sí. Usted. El señorito Antonio se arregló un poco la corbata y se pasó la mano por la cabeza para alisarse el pelo. Por los oscuros pasillos de la Diputación, el corazón latía en el pecho del señorito Antonio al mismo ritmo que sus rápidos pasos. —¿Da su permiso? A través de la gruesa puerta de madera, y como amortiguado por los legajos que cubrían las paredes hasta el techo, al señorito Antonio se le figuró oír un lejano "¡adelante!". —Siéntese usted, Antonio; tengo que hablar con usted sobre este permiso de Navidad.

Al señorito Antonio se le secó la garganta de repente; quiso decir algo así como "Muy bien, lo que usted guste", pero no pudo. —A mí me parece muy razonable su pretensión. Querer pasar la Navidad con la prometida, sobre todo cuando, por las circunstancias, se permanece separados todo el año, me parece justo y razonable, muy razonable. He hablado con el señor Jefe de Personal y no ha puesto objeción alguna; su expediente es bueno y he accedido gustoso a su petición... Al señorito Antonio, por la parte de dentro de los ojos, le empezaron a volar, vertiginosamente, como una nube de veloces y zigzagueantes golondrinas de color de plata. Cerró un momento los ojos, y las golondrinas le picaban en los párpados, para que los abriese. —... de que el permiso se le amplíe en dos días para poder llegar el mismo día de Nochebuena a Madrid. Y aquí tengo el oficio firmado por el señor Presidente. Tómelo usted, y enhorabuena. Que sea muy feliz y que Dios les bendiga a su prometida y a usted.

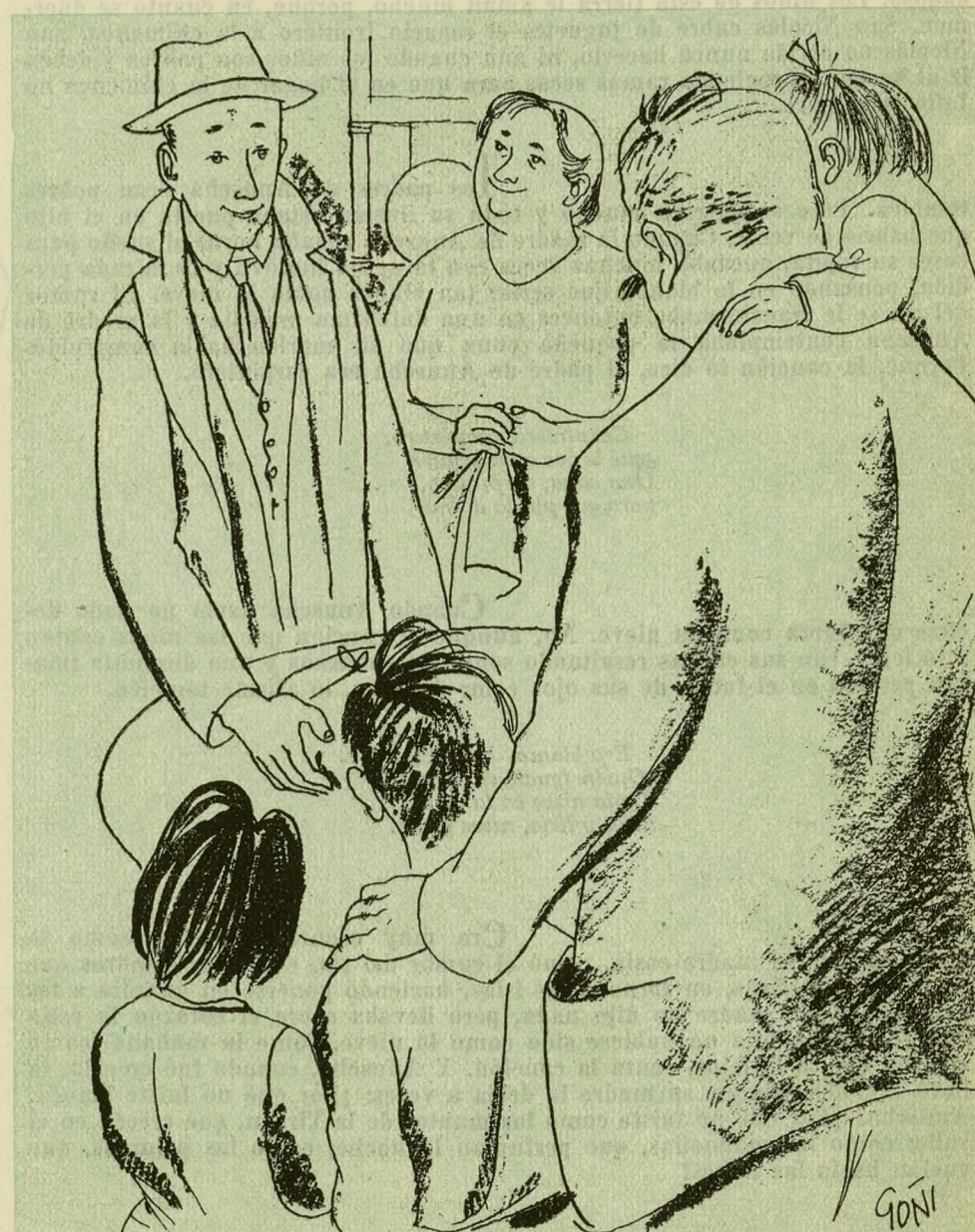
Don Leonardo sonrió. —Y a ver si el año que viene ya me la presenta usted como su señora. El señorito Antonio ni se movió ni dijo una palabra. Quiso sonreír, pero tampoco pudo sonreír. Quiso alargar la mano para recoger el oficio firmado por el señor Presidente, pero tampoco pudo alargar la mano para recoger el oficio firmado por el señor Presidente. —¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? El señorito Antonio estaba pálido. Un hombre muy inteligente hubiera adivinado en sus ojos una alegría inmensa. —Seréne, Antonio, seréne un poco. ¿Se siente mal? Don Leonardo se levantó y fué por el botijo. —Beba usted agua y váyase después a tomar un café. Eso le hará bien. Don Leonardo sostuvo el botijo para que el señorito Antonio pudiese chupar dos o tres tragos. El señorito Antonio sonrió y habló con una voz ronca y extraña, con una voz que parecía sonar detrás de un tabique. —Gracias, don Leonardo, muchas gracias; es usted muy bueno conmigo, con nosotros. La pobre Concha también se lo agradecerá... ¿Puedo marcharme? —Sí, hijo, váyase usted. Guarde usted bien el oficio... El señorito Antonio, al verse en el pasillo, salió corriendo como un niño asustado. Después se echó a llorar. Después se fué a tomar un café. El señorito Antonio era profundamente feliz.

**D**ESDE la ventanilla del vagón de tercera se veía un campo triste, inhóspito, desolado, un campo de fríos charcos, de árboles desnudos y ateridos, de paja, ritos de plumas grises que volaban resignadamente bajo el frío. Quizás desde las ventanillas de los vagones de primera se divisase un bello paisaje blanco y navideño, blandamente nevado como en los cuentos de Andersen, cruzado de vez en cuando por alegres campesinos que cantaban villancicos y llevaban un haz de leña al hombro para encender el gran fuego de la Nochebuena. Todo puede ser. El señorito Antonio, sentado en su vagón de tercera, con la rueda de mazapán bien envuelta y puesta sobre las rodillas, no atendía a la conversación de los demás viajeros. —El tren llegará a Madrid sobre las ocho. Es muy buena hora. Concha ya habrá recibido mi telegrama, ya estará impacientemente la pobre... En el vagón de tercera había un frío cruel, un frío que se metía en los huesos y allí se quedaba, buscando un poco de calor. En un rincón, dos guardias civiles, enfundados hasta las orejas, fumaban en silencio el lento y negro tabaco del aburrimento. Una señorita mayor, con aire de pensionista, llevaba trescientos kilómetros comiendo avellanas; de vez en cuando preguntaba qué hora era. Dos mujeres y un hombre gordo, lustroso y sin corbata, hablaban por los codos y bebían de una botella de vino blanco de marca. Un mocito flaco, como de catorce años, miraba, abstraído y silencioso, para los bultos de la rejilla, amontonados, resignados y quietos como emigrantes... —La pobre Concha se pone muy nerviosa en estos casos. Yo la animaré, y le diré: "Te das cuenta de que ya es una Navidad menos que pasaremos solteros?". Ella, a lo mejor, se emocionará demasiado. No; será mejor que no le diga nada, que le diga otra cosa menos, ¿cómo diría?, menos cariñosa. Mi cariño ya no se lo tengo que demostrar; ya ella sabe, desde hace tiempo, que es mucho y de buena ley...

**C**ON su rueda de mazapán debajo del brazo, el señorito Antonio bajó corriendo las escaleras del Metro. Al entrar en el vagón, una mujer le tropezó con violencia. —Señora, por Dios, no empuje usted así. ¿No ve que, por poco, me aplasta usted mi rueda de mazapán? Al llegar a su estación, el señorito Antonio, que salió como un loco, atropelló a la mujer. El señorito Antonio ni la miró ni le pidió perdón. El señorito Antonio tenía otras cosas en qué pensar.

Desde la boca del Metro hasta casa de Concha habría unos cuatrocientos pasos. El señorito Antonio entró como una bala en el portal. El ascensor estaba subiendo y había que esperar. ¡Qué fatalidad! El portero le saludó muy fino. —¡Felices Pascuas, señorito Antonio, y bien venido! La señorita Concha dejó una carta para usted. —¿Eh? —Que la señorita Concha dejó una carta para usted. El señorito Antonio procuró simular tranquilidad. —¡Ah, sí! A ver, démela usted. La carta de Concha decía así: "Adiós. Pienso ser más feliz que contigo. Que Dios te ayude. Concha." El señorito Antonio no dejó caer la rueda de mazapán, la apretó con más fuerza. El señorito Antonio se encontró, de repente, completamente tranquilo. El señorito Antonio sonrió. —Oígame, Serafín, ¿me hace un sitio en su mesa de Nochebuena? Serafín era el que estaba al borde del llanto. Algo adivinaba que le producía ganas de llorar. —Ya sabe usted que sí, señorito Antonio; pero no piense usted que va a comer pavo... Serafín y el señorito Antonio se fueron hacia la portería. —Yo pongo esta rueda de mazapán. No tocaremos a mucho, claro, porque ésta era una rueda de mazapán para dos... Serafín se fué para dentro y al cabo de unos instantes volvió con su mujer y con todos los chicos. La mujer de Serafín le dijo al señorito Antonio: —Ya me dijo mi Serafín lo que le pasa. ¡Hay que ver lo que le hizo la señorita Conchal! Y el señorito Antonio le dijo a la mujer de Serafín: —¡Qué vamos a hacerle, señora Engracial! ¡Cada cual mira por lo suyo!

**F**UERA, un perro vagabundo, con el rabo entrepiernas, las orejas lacias, las lanas empapadas, pasaba a un trotacillo aburrido, como escapando, sin demasiada ilusión ni esperanza, de su propia soledad.



ILUSTRACIONES DE LORENZO GOÑI